

Esta es una pequeña muestra
del libro *Ministerios de Misericordia:*
Encarnando la Parábola del Buen Samaritano.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!

MINISTERIOS
DE MISERICORDIA

*Encarnando la parábola
del buen samaritano*



Timothy Keller



Poiema Publicaciones
Medellín, Colombia

Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#MinisteriosMisericordia

MINISTERIOS DE MISERICORDIA / Timothy Keller

© Poiema Publicaciones, 2017

Traducido con el debido permiso del libro *Ministries of Mercy: The Call of the Jericho Road*, Copyright © 1989, 1997, 2014 Timothy Keller, publicado por P&R Publishing.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido extraídas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla NBLH han sido tomadas de *La Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy* ©2005 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla RV60, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera* © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, renovada © 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010 por Tyndale House Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

Categoría: Religión, Cristianismo, Vida Cristiana

ISBN: 978-1-944586-28-7

Impreso en Colombia
SDG

*Dedicado a Kathy,
la primera en tener una conciencia social.*

CONTENIDO

Prólogo: <i>Aquel que mostró misericordia</i>	ix
Introducción: <i>¿Quién es mi prójimo?</i>	vx

PARTE UNO: LOS PRINCIPIOS

1. El llamado a la misericordia	3
2. El carácter de la misericordia	15
3. La motivación detrás de la misericordia	29
4. Dando y guardando: <i>Un estilo de vida equilibrado</i>	39
5. La iglesia y el mundo: <i>Un enfoque equilibrado</i>	51
6. Condicional e incondicional: <i>Un juicio equilibrado</i>	63
7. Palabras y obras: <i>Un testimonio equilibrado</i>	75

PARTE DOS: LA PRÁCTICA

8. Para empezar	91
9. Preparando a la iglesia	101
10. Movilizando a la iglesia	123
11. Ampliando tu visión	143
12. Manejando tu ministerio	163
13. El ministerio de misericordia y el crecimiento de la iglesia	177
14. Supliendo necesidades	197
Notas	207

PRÓLOGO



AQUEL QUE MOSTRÓ MISERICORDIA

En esto se presentó un experto en la ley y, para poner a prueba a Jesús, le hizo esta pregunta: —Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Jesús replicó: —¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo la interpretas?

Como respuesta el hombre citó: —“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”, y: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

—Bien contestado —le dijo Jesús—. Haz eso y vivirás.

Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús:

—¿Y quién es mi prójimo?

Jesús respondió: —Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita y, al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cuídemelo—le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”. ¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

—El que se compadeció de él —contestó el experto en la ley.

—Anda entonces y haz tú lo mismo —concluyó Jesús.

— Lucas 10:25-37

El camino peligroso

El camino a Jericó era empinado y peligroso. Tan peligroso, de hecho, que la gente lo llamaba “la ruta sangrienta”. Jerusalén está a 914 metros sobre el nivel del mar, mientras que Jericó —a tan solo 27 kilómetros de distancia— está situada a 305 metros *por debajo* del nivel del Mediterráneo. El camino entre estas ciudades desciende drásticamente a lo largo de una región montañosa llena de cuevas y peñascos, permitiendo que ladrones se escondieran, atacaran y escaparan con gran facilidad. Viajar por el camino a Jericó en aquellos días era muy similar a caminar por un callejón oscuro en la peor zona de una ciudad moderna, excepto que la zona segura estaba ubicada a muchos kilómetros de distancia del poste de alumbrado más cercano.

En este “callejón oscuro” un hombre judío resultó víctima de un problema social: la delincuencia. “Cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto” (v. 30).

Los dos que siguieron de largo

Pronto llegaron un sacerdote y un levita, y cada uno siguió de largo por el otro lado del camino, sin deseos de involucrarse en las necesidades del hombre.

No nos apresuremos a acusar a estos hombres, o podríamos estar declarando nuestra propia culpabilidad. Considera cómo reaccionarías si, con angustia, estuvieras tomando un atajo por un callejón oscuro. Imagina que ves en el suelo a un hombre herido agonizando, ¡evidencia de que seguramente hay una pandilla de matones observándote desde muy cerca! Piensas que lo más sabio que puedes hacer es apresurarte hacia un lugar seguro y enviar a algún oficial para que se ocupe de la pobre víctima. Así que empiezas a correr.

Puede que haya habido alguna otra razón muy “religiosa” por la que el sacerdote y el levita decidieron evitar a aquel hombre. La ley levítica declaraba que cualquiera que tocara un cuerpo muerto quedaba ceremonialmente “impuro” (Nm 19:11-16), y eso lo excluía de las ceremonias de adoración por siete días. ¿Y si este hombre ya estaba muerto o estaba a punto de morir? Qué fácil habría sido para estos profesionales religiosos pensar: “¡Esto me impedirá cumplir con un llamado más alto!”.

Así que vieron al hombre y decidieron ignorarlo. En el proceso, sin embargo, también ignoraron la clara enseñanza de la Escritura —tener misericordia incluso de los extranjeros que estén en necesidad (Lv 19:34). La ironía de este versículo es que los agentes del pueblo de Dios a quienes se les

encomendó ayudar a los necesitados eran precisamente los sacerdotes y los levitas. Aparte de sus otras responsabilidades, los sacerdotes también eran funcionarios de salud pública; los levitas eran los que repartían las limosnas a los pobres. Esto era parte de su llamado sacerdotal, pero ellos decidieron que su *agenda* (llena de ceremonias y otros deberes religiosos válidos) era más importante que su *propósito*. Vemos claramente que olvidaron el principio de que obedecer vale más que el sacrificio (1S 15:22).

Aquel que mostró misericordia

Por último llegó un viajero samaritano, un enemigo acérrimo del hombre judío que yacía sobre su sangre. El samaritano enfrentaba el mismo peligro del sacerdote y del levita. Además, toda su instrucción y experiencia debían haberlo llevado no solo a ignorar a la víctima, ¡sino a pisotearla! Samaritanos y judíos eran enemigos a muerte. (Cuando los judíos estaban furiosos con Jesús, lo llamaron un “samaritano” [Jn 8:48], ¡porque no podían pensar en algo peor!). Pero a pesar de todas estas presiones, el samaritano tuvo “compasión” (v. 33). Su compasión fue tan grande, que lo llevó a suplir varias necesidades. Esta compasión incluyó amistad, defensa, tratamiento médico de emergencia, transporte, una gran ayuda económica, y hasta una visita de seguimiento.

La frase “ministerio de misericordia”, la cual estaremos utilizando a lo largo de este libro, viene Juan 8:37, donde Jesús nos ordena darle refugio, ayuda económica, cuidado médico y amistad a las personas que lo necesiten. Tenemos una orden directa de nuestro Señor en los términos más categóricos. “Anda entonces y haz tú lo mismo”. El samaritano es nuestro modelo a seguir. Él arriesgó su seguridad, se olvidó de su agenda, y estuvo dispuesto a ensuciarse de polvo y de sangre para involucrarse personalmente con alguien necesitado, aunque fuera de una raza y una clase social diferente a la suya. Como cristianos, ¿estamos obedeciendo este mandato *de manera personal*? Como iglesia, ¿estamos obedeciendo este mandato *como un cuerpo*?

Preguntas que surgen

La parábola del buen samaritano es sumamente provocadora. Para empezar, es una trampa inversa. Un experto en la ley quiso engañar a Jesús para que dijera algo despectivo acerca de la ley, pero Jesús le demostró que son los líderes judíos los que nunca cumplen la ley. Jesús ataca la complacencia de la gente cómodamente religiosa que se protege de las necesidades de los demás.

Los puntos que Él enfatiza no son menos devastadores para nosotros hoy, y Su enseñanza inmediatamente nos lleva a plantearnos muchas preguntas.

En **primer** lugar, nos preguntamos acerca de la *necesidad* que tenemos como cristianos de hacer misericordia. No debemos olvidar que esta parábola es una respuesta a la pregunta: “¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”. Jesús responde mostrándole al experto en la ley el ejemplo del buen samaritano, quien cuidó de las necesidades físicas y económicas del hombre que estaba en el camino. Ten en cuenta que el joven rico le planteó la misma pregunta a Jesús en Marcos 10:17. Ahí, también, Jesús concluye diciendo: “Anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres” (v. 21). Tal parece que Jesús ve el cuidado de los pobres como algo *esencial* en un cristiano.

¿Cómo puede ser esto? En Mateo 25:31, vemos a Jesús juzgando a las personas sobre la base de su ministerio a los hambrientos, a los desnudos, a los que no tienen hogar, a los enfermos y a los presos. ¿Está Él diciendo que los trabajadores sociales son los únicos que van al cielo? ¿No se supone que somos salvos únicamente por la fe en Cristo? Entonces, ¿por qué parece ser que el ministerio de misericordia es parte de lo que define a un cristiano?

En **segundo** lugar, nos preguntamos acerca del *alcance* y la dimensión del ministerio de misericordia. Recuerda que el experto en la ley no negó el requisito de cuidar a los que estén necesitados. ¡Creo que nadie en el mundo lo haría! Pero sí preguntó: “¿Y *quién* es mi prójimo?”. Nos lo imaginamos como el típico occidental que dice:

- “Señor, por favor, seamos razonables. Sabemos que debemos ayudar a los desdichados, pero ¿hasta dónde hay que llegar exactamente?”
- “¡No estarás diciendo que debemos volcarnos por cualquiera! ¿No se supone que la caridad empieza en el hogar?”
- “¡No estarás diciendo que todos los cristianos deben involucrarse a fondo con los que estén sufriendo y estén necesitados! No soy muy bueno para esas cosas; no es mi don”.
- “Tengo una agenda muy ocupada y estoy muy involucrado en mi iglesia. De todas formas, ¿eso no es responsabilidad del gobierno?”
- “¡Si apenas tengo dinero suficiente para mí!”
- “¿No crees que muchos pobres lo son solo por su irresponsabilidad?”

Al mostrarnos la indiferencia del sacerdote y del levita, Jesús desmascara los muchos límites falsos que la gente religiosa le pone al mandamiento de “amar a tu prójimo”. Con el ejemplo del samaritano, Jesús nos muestra que el prójimo a quien debemos prestarle ayuda es *cualquiera* que

esté necesitado, aunque sea nuestro enemigo. Todo el que lee esta parábola comienza a sentirse atrapado por su lógica. Pero, ¿no es exagerada? ¿No son demasiado abrumadoras las necesidades de los pobres que hay en el mundo? ¿Está Jesús diciendo que todos debemos asumir una vida de pobreza voluntaria y mudarnos con los oprimidos? ¿Estamos listos para dejar de hacer distinciones entre los pobres que merecen ayuda y los que no la merecen?

En **tercer** lugar, nos preguntamos acerca de la *motivación* detrás del ministerio de misericordia. Israel tenía la ley de Dios, la cual exigía claramente la misericordia hacia el prójimo, pero Jesús muestra que los expertos en la ley la habían interpretado de una forma que frustraba sus propósitos básicos. *No basta con simplemente saber cuál es nuestro deber*. El sacerdote y el levita tenían todo el conocimiento bíblico, todos los principios éticos, y hasta la afinidad étnica con el hombre que estaba en el camino. Eso no fue suficiente. El samaritano no tenía ninguna de estas cosas, pero él tuvo *compasión*. ¡Eso fue suficiente! ¿Qué es lo que realmente hará que la iglesia sea misericordiosa? No bastará con manipular a los cristianos de Occidente para que se sientan culpables por ser tan “ricos”. Entonces, ¿qué impulsará a la iglesia para curar heridas profundas, suplir necesidades profundas y transformar la sociedad que la rodea?

Los evangélicos llevan décadas evitando el llamado radical implícito en la parábola del buen samaritano. Por mucho, la vemos como un mandato a prepararle cada año una canasta de Navidad a los que estén necesitados, o a hacer aportes económicos a los organismos de ayuda cuando hay una hambruna o un terremoto en una nación lejana. Pero es tiempo de prestarle más atención a este mandato, porque el mundo, que *nunca* ha sido un lugar “seguro” en el cual vivir, lo es cada vez menos. Por fin estamos comenzando a preguntarnos la razón por la que de repente hay cientos de miles “desnudos y medio muertos” en las calles de nuestras propias ciudades.

Solo un número reducido de personas en la historia del mundo han vivido en condiciones relativamente “seguras”. La guerra, la injusticia, la opresión, el hambre, los desastres naturales, el racismo, la delincuencia, la escasez de recursos, la lucha entre las clases, estos “problemas sociales”, son el resultado de nuestra separación de Dios. Estos problemas traen profunda miseria y violencia a las vidas de la mayor parte de la humanidad. Sin embargo, es probable que la mayoría de las personas que lean este libro pertenezca al grupo relativamente pequeño de gente que, por la bondad de Dios, lleva una existencia relativamente libre de estas presiones.

Esta comodidad relativa nos puede llevar a un mundo imaginario en el que es difícil encontrarnos con el sufrimiento. Pero tarde o temprano tendremos que enfrentar el sufrimiento, porque está en todo nuestro alrededor, ¡incluso en los suburbios! Necesitamos tener una perspectiva real del mundo en que vivimos. Tal vez algunos tenemos que despertar a la realidad de que, en lugar de estar viviendo en las islas de nuestra comodidad, estamos viviendo en el camino a Jericó.



¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

Alguien dijo una vez que un cristiano actualizado tiene que leer el periódico junto con la Biblia. En cierto sentido, esta parábola de Jesús nos manda a hacerlo. Aunque el experto en la ley intentó limitar la definición de “prójimo”, Jesús la amplió mostrando que nuestro prójimo es *cualquiera* que tenga necesidad. El sacerdote y el levita, que pasaron al otro lado del camino en que se encontraba el hombre, representan a aquellos de nosotros que evitamos acercarnos mucho a los que tienen necesidad. Aquí, nuestro Señor nos está enseñando a reconocer a esos prójimos nuestros que están tirados en el camino. Como cristianos occidentales de clase media, ¿reconocemos y conocemos a nuestros prójimos necesitados?

Considera el ejemplo de Ángela, una mujer que no tiene hogar. Hace algunos años, en plena crisis de personas sin hogar, un seminarista idealista trató de ayudar a Ángela; al hacerlo, se sorprendió de lo que descubrió. A continuación, su conmovedora descripción de ese encuentro:

Ángela, quien en otro tiempo era una mujer hermosa, ahora yace frente a la biblioteca de nuestro campus en la ciudad, su belleza está desvaneciéndose con cada día que pasa. Lleva puestas varias capas de ropa. Ninguna combina con la otra, y están pegadas a su delicado cuerpo como capas de pintura que se están descascarando. No lleva medias, pero hace frío y el clima está empeorando. Le ofrecí comida una vez, pero la rechazó groseramente. Cuando traté de hablar con ella, se dio vuelta abruptamente. Ofendido y sintiendo amargura, retrocedí. Desde entonces, comencé a entender poco a poco los pre-dispuestos que estamos con respecto a los pobres. Mi expectativa arrogante de recibir gratitud mató la bondad del gesto. Ella estaba

hambrienta, expuesta y enferma; sin embargo, me resistí a ayudarla porque no me dio la bienvenida que estaba esperando. ¿Cuál de los dos está realmente enfermo? Ángela, eres un espejo para todos nosotros, pero ¿nos atrevemos a mirar el reflejo?¹

¿Alguna vez has tenido una experiencia con alguien como Ángela? Es muy probable que sí, sobre todo porque en las últimas décadas los pobres se han vuelto cada vez más visibles en nuestras sociedades. Su presencia nos obliga a la mayoría a darnos cuenta de que no conocemos ni entendemos a los pobres. Casi todas las realidades duras que enfrentan los que viven en pobreza sorprenden al creyente promedio de clase media.

Pero Jesús nos llama a observar, escuchar y aprender. Cada nación es como un mosaico de grupos diferentes, cada uno con un conjunto único de necesidades. La mayoría de las iglesias están rodeadas por números crecientes de desempleados y de empleados en puestos inferiores a los que su capacidad les permitiría desempeñar; de poblaciones de nuevos inmigrantes, solteros, divorciados, madres solteras, ancianos, prisioneros, moribundos, enfermos y discapacitados. La pobreza aumenta cada vez más, al igual que el porcentaje de personas en edad avanzada y las minorías étnicas, y el dinero federal destinado a la ayuda de agencias, hospitales y otras instituciones semejantes se está agotando. ¿Queremos alcanzar a estos nuevos prójimos con el evangelio? Para hacerlo, tenemos que expresar nuestra fe de manera activa, combinando obras de compasión con el evangelismo y el discipulado.

¡La iglesia de Jesucristo tiene que asumir su responsabilidad con el prójimo que se encuentra tirado en el camino! Ninguna institución de la sociedad podrá escapar del impacto de los problemas sociales que enfrentamos hoy en día. El gobierno no puede suplir las necesidades de tantos grupos diferentes, por lo que es necesario que intervengan las iglesias y otras agencias de ayuda. Ahora la iglesia está siendo forzada a ver lo que la Biblia siempre ha dicho. No podemos limitarnos a expresar nuestro amor verbalmente, sino que debemos demostrarlo con nuestras palabras y con nuestras obras (1Jn 3:17).

Francis Schaeffer dijo que como cristianos nunca debemos identificarnos plenamente con la izquierda ni con la derecha, pero sí tenemos la libertad de cooperar con alguna causa particular en cualquiera de los dos lados. “Si hay injusticia social, di que hay injusticia social. Si necesitamos orden, di que necesitamos orden... Pero no te inclines a favor de ninguno de estos

campos: No eres aliado de ninguno. La iglesia del Señor Jesucristo es diferente tanto del uno como del otro —totalmente diferente”.²

La izquierda cree que los controles gubernamentales y las reformas sociales van a resolver los males sociales, mientras que la derecha cree que los grandes negocios y el crecimiento económico son la solución. La izquierda considera que un ciudadano es legalmente responsable del uso de su riqueza, pero lo considera totalmente autónomo en otras áreas, tales como la moralidad sexual. La derecha considera que un ciudadano es legalmente responsable en áreas como la moralidad sexual, pero totalmente autónomo en el uso de la riqueza. Detrás de ambas ideologías está el ídolo del individualismo radical. Un cristiano entiende que ambas “soluciones” son fundamentalmente humanistas y simplistas.

Las causas por las que nuestros problemas sociales se han agravado son mucho más complejas de lo que cualquier inconverso de derecha o de izquierda pudiera entender. ¡Nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes y autoridades! Sabemos que existe una gran injusticia social —prejuicio racial, avaricia, codicia— por parte de los que tienen más riquezas en Occidente (y, tristemente, eso incluye a muchos en la iglesia evangélica). Al mismo tiempo, hay un colapso general del orden —de la familia y de la moralidad de la nación. Hay más sexo antes del matrimonio (por lo que hay más madres solteras), más divorcios, más niños descuidados y abusados, más delincuencia. Una mera redistribución de las riquezas no va a enmendar familias rotas, y tampoco lo harán el crecimiento económico ni la prosperidad. Estas “soluciones” tampoco pueden convertir a madres poco calificadas en ingenieros o técnicos.

Solo la iglesia de Jesucristo puede atacar la raíz de los problemas sociales y ministrar a las personas de forma integral. Solo el evangelio reconoce que el pecado nos ha arruinado tanto individual como socialmente. No podemos vernos de forma individualista (como lo hacen los capitalistas) o de forma colectiva (como lo hacen los comunistas), sino sobre la base de nuestra relación con Dios. Solo los cristianos, armados con la Palabra y el Espíritu, planeando y trabajando para la extensión del Reino y la justicia de Cristo, pueden transformar una nación, un vecindario y un corazón roto. De eso trata el resto de este libro.

PARTE UNO



LOS PRINCIPIOS



EL LLAMADO A LA MISERICORDIA

*Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús:
¿Y quién es mi prójimo? (Lucas 10:29)*

Resumen: La misericordia hacia la gran gama de necesidades humanas es una marca tan esencial del cristianismo que la misma podría servir como una prueba de la autenticidad de nuestra fe. La misericordia no es opcional ni adicional para el cristiano. Más bien, la señal inequívoca de una fe verdadera es una vida dedicada a las obras de misericordia.

La esencia del amor

El experto en la ley quiso “poner a prueba” a Jesús para así atraparlo (Lc 10:25). Seguramente quería que Jesús dijera algo negativo acerca de la ley o que redujera la importancia de su papel en la salvación. Jesús, por otro lado, le tendió Su propia trampa al hombre, pero la Suya era una trampa de amor.

Nuestro Señor le pidió al hombre un resumen de la ley, y este respondió lo que creían muchos escribas y maestros judíos, que todas las reglas de la ley se basaban en dos principios. Primero, la ley exige un corazón y una mente sometidos total y únicamente a Dios (Dt 6:5). Segundo, la ley requiere que suplamos las necesidades de los demás con toda la prontitud, la energía y el gozo con que suplimos las nuestras (Lv 19:18). ¡Qué principios tan impactantes! Reflejan tanto la santidad de Dios como la deuda fundamental que tenemos con Aquel que nos ha dado todo. Puesto que nos ha regalado todo lo que tenemos, debemos darle todo lo que somos.

Cuando el experto en la ley dio este resumen del amor perfecto y la justicia perfecta, Jesús le contestó: “Haz eso y vivirás”. ¿Cuál fue la estrategia

de Jesús? ¿Por qué no le dijo: “Recíbeme como tu Salvador personal”, o algo por el estilo? ¿Le estaba sugiriendo que la salvación se obtenía por el cumplimiento de buenas obras? Para nada.

Jesús le devolvió con la misma moneda al experto en la ley. Cuando consideramos los mandatos del Antiguo Testamento, vemos que somos capaces de obedecer muchos de ellos. Pero si consideramos los principios que están detrás de cada uno y la clase de vida a la que la ley nos llama realmente, nos damos cuenta de lo lejos que estamos de cumplir con ese estándar. Jesús le está apuntando hacia la justicia perfecta que la ley demandaba, para que pudiera ver su incapacidad de cumplirla. Su propósito era convencer al experto en la ley de su pecado. Jesús básicamente le estaba diciendo:

Amigo mío, Yo sí me tomo la ley en serio, incluso más que tú. Sí, Dios te puede aceptar si obedeces la ley a la perfección, pero ¡mira la ley! Mira a lo que te está llamando realmente. Si lo haces, vivirás. Si la entiendes, te darás cuenta de que el requisito justo de la ley se debe cumplir de otra manera.

Jesús, al confrontar al joven rico, tuvo el mismo propósito (Mr 10:17-22). Buscaba convencerlo de su pecado, aun cuando “lo miró con amor”.

—Ya sabes los mandamientos: “No mates, no cometas adulterio, no robes, no presentes falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre”.

—Maestro —dijo el hombre—, todo eso lo he cumplido desde que era joven.

Jesús lo miró con amor y añadió: —Una sola cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.

Al oír esto, el hombre se desanimó y se fue triste porque tenía muchas riquezas. (Mr 10:19-22)

El joven rico creía que obedecía la ley, hasta que Jesús le pidió que renunciara a todas sus riquezas y le siguiera. Eso no era más que una exposición del primer mandamiento. Jesús le estaba preguntando: “¿Estás dispuesto a perderlo todo si es necesario para tener comunión conmigo? ¿Seguro que no tendrás ‘otros dioses además de Mí?’”. El joven rico se fue triste. ¿Fue Jesús autoritario y demandante? Para nada. El evangelio es el evangelio del

Reino, y debemos entregarle nuestros corazones a Jesús porque Él es el Rey. El ministerio de misericordia es costoso, y nuestra disposición para llevarlo a cabo es una señal clave de nuestra sumisión al señorío de Cristo.

Las riquezas y la pobreza de Dios

Así que aquí también, en Lucas 10, vemos que la intención de Jesús es que el experto en la ley pierda toda esperanza de salvación por medio de sus esfuerzos personales. Esta vez, sin embargo, profundiza en el segundo gran mandamiento. ¿Por qué cree que es necesario hacer esto? Porque, para recibir la misericordia de Dios, todos nosotros debemos primero llegar al punto en que dejamos de confiar en nuestros propios esfuerzos morales. Nathan Cole, un granjero de Connecticut que se convirtió en la década de 1740, lo expresó claramente al describir lo que le pasó durante una predicación de George Whitefield: "...escucharlo predicar me produjo una herida en el corazón. Por la bendición de Dios, mi antiguo fundamento fue destruido, y comprendí que mi justicia no me salvaría".¹

El experto en la ley debió haber respondido de la misma manera. Si hubiera dicho: "¡Ya veo! ¿Cómo puede entonces alguien ser justo ante Dios?", entonces Jesús podría haberle respondido: "Solo por la misericordia de Dios". Debemos reconocer que todos somos pobres espiritualmente, que estamos en bancarrota delante de Dios (Mt 5:3); aun cuando nos vestimos de nuestros mejores esfuerzos morales para Dios, nos vemos como mendigos vestidos con trapos de inmundicia (Is 64:6). Sin embargo, en Jesucristo, Dios nos proveyó justicia (Ro 3:21-22), una riqueza que salió directamente de la cuenta del Hijo de Dios, quien se hizo pobre a través del sufrimiento y la muerte para que nosotros la recibiéramos (2Co 8:9).

Nadie entendió esto más claramente que John Bunyan, quien describió su conversión en estos términos:

Pero un día... esta frase llegó a mi alma: "Tu justificación está en el cielo"; y, con los ojos de mi alma, pude ver a Jesucristo a la diestra de Dios. Ahí estaba, como mi justificación. Así que donde quiera que me hallara, o lo que fuera que estuviera haciendo, Dios no podía exigir mi justificación, porque Cristo estaba allí delante de Él. También vi que no era el buen estado de mi corazón lo que mejoraba mi justificación, ni tampoco el mal estado lo que la empeoraba; porque mi justificación era Jesucristo: "el mismo ayer, hoy y por los siglos".

Fue en ese momento que mis cadenas finalmente cayeron... ¡Oh! ¡Cristo! ¡Cristo! No había nada más que Cristo ante mis ojos... Ahora podía dejar de mirarme a mí mismo y verlo a Él, y podía entender que todas las bendiciones de Dios hasta ese momento eran como las monedas desgastadas que los hombres ricos llevan en sus bolsillos, mientras que su oro lo guardan en cofres en sus casas: ¡Oh! ¡Vi que mi oro estaba en mi cofre en casa! En Cristo mi Señor y Salvador. Ahora Cristo es todo: toda mi justificación, toda mi santificación y toda mi redención.²

Pero el experto en la ley se resistió. No quería reconocer que era pobre y que estaba en bancarota espiritual. Es evidente que sintió el peso del argumento de Jesús, pues rápidamente lo vemos intentando “justificarse a sí mismo”, preguntando: “¿Y quién es mi prójimo?”

¿Qué estaba tratando de hacer? Quería que Jesús definiera el segundo mandamiento de tal manera que hiciera que sus requisitos fueran alcanzables. Jesús responde con una parábola que explica mejor el segundo gran mandamiento. Nos muestra el alcance y la esencia del amor que Dios exige.

Debemos recordar todo el contexto de la parábola del buen samaritano para no caer en la trampa del moralismo. Jesús no nos está diciendo que podemos ser salvos imitando al buen samaritano, aunque con toda claridad nos está encargando que sigamos su ejemplo. Más bien, está buscando humillarnos con el amor que Dios exige, para que estemos dispuestos a recibir el amor que Dios ofrece.

La misericordia no es opcional

La parábola describe a un samaritano que se topó con un judío al que habían golpeado y robado. El samaritano le dio la protección física (de un nuevo ataque), la asistencia médica, el transporte y la ayuda económica. En resumen, cubrió todas sus necesidades físicas y económicas. El experto en la ley llamó a toda esta actividad una obra de “misericordia” (v. 37 NBLH). Esta historia tendrá un mayor impacto si recordamos su propósito. La parábola de Jesús ha sido conservada para ser una descripción del amor cristiano hacia nuestro prójimo. La respuesta de Jesús nos muestra a un hombre que lleva a cabo lo que muchos llaman hoy “obra social”.

No estoy diciendo que los cristianos evangélicos de estos tiempos estén en contra de ayudar al necesitado. Sin embargo, la mayoría de las veces, la

“obra social” se ve como un deber secundario. Es algo de lo que nos ocupamos si hay tiempo y dinero en el presupuesto, después de estar satisfechos con nuestros ministerios evangelísticos y educativos.

Esta parábola destruye ese orden de prioridades. *Jesús usa la obra de misericordia para mostrarnos la esencia de la justicia que Dios exige en nuestras relaciones.* Este no es un ejemplo aislado. En Santiago 2:15-16 y 1 Juan 3:17-18, a los cristianos se les encarga suplir las necesidades físicas y económicas de los hermanos. Esto no es opcional. Si un cristiano no lo hace, “¿cómo se puede decir que el amor de Dios habita en él?”. La sorprendente realidad es que la obra de misericordia es fundamental para el cristiano.

La misericordia es una prueba

Tanto Santiago como Juan usan el ministerio de misericordia como una prueba. El apóstol Juan escribe su primera epístola para establecer la prueba que identifica a un verdadero cristiano. Una de las pruebas del amor cristiano es el ministerio de misericordia. La comunión cristiana debe caracterizarse por la forma en que suplimos las necesidades físicas de los demás.

Si alguien que posee bienes materiales ve que su hermano está pasando necesidad, y no tiene compasión de él, ¿cómo se puede decir que el amor de Dios habita en él? Queridos hijos, no amemos de palabra ni de labios para afuera, sino con obras y de verdad. (1Jn 3:17-18)

El verdadero amor se expresa tanto con obras como con palabras. Santiago concluye que una profesión de fe que no esté acompañada de obras de misericordia está “muerta”, no es auténtica.

Porque habrá un juicio sin compasión para el que actúe sin compasión. ¡La compasión triunfa en el juicio! Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarlo esa fe? Supongamos que un hermano o una hermana no tienen con qué vestirse y carecen del alimento diario, y uno de ustedes les dice: “Que les vaya bien; abríguense y coman hasta saciarse”, pero no les da lo necesario para el cuerpo. ¿De qué servirá eso? Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta. (Stg 2:13-17)

Proverbios 14:31 y 19:17 dicen que ignorar las necesidades de alguien pobre es pecar contra Dios. Así que los pobres y los necesitados son una prueba. Nuestra respuesta a ellos prueba la autenticidad de nuestra fe en Dios.

Ningún pasaje es más claro en este punto que Mateo 25:31-46. Este pasaje describe cómo Jesús evaluará a la humanidad en el día del juicio. Para distinguir a aquellos que tienen una fe verdadera de los que no la tienen, examina su fruto, es decir, su interés por los pobres, por las personas que no tienen hogar, por los enfermos y por los prisioneros. ¿Cómo así? Cuando Jesús dice: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí”, está simplemente ampliando Proverbios 19:17 (“Servir al pobre es hacerle un préstamo al Señor”). También está coincidiendo con Santiago, Juan e Isaías (ver Is 1:10-17), al decir que una conciencia social sensible y una vida rica en obras de misericordia hacia los necesitados es el resultado y la señal inequívoca de la verdadera fe. Por tales obras, Dios sabrá si nuestro amor es real o si es mera palabrería.

Imagina a una mujer mayor adinerada que no tiene herederos, excepto un sobrino que siempre es amable con ella. Pero, ¿cómo puede saber si su amabilidad es solo una fachada? ¿Cómo puede conocer la intención real de su corazón? Imagina que esta mujer se viste como una persona de la calle que no tiene un hogar, y se sienta en los escalones de la casa de su sobrino. Al salir y verla, la maldice y la amenaza. ¡Ahora ella conoce su verdadero carácter! De igual forma, Dios se enoja cuando nos comportamos de una forma con Él y de otra forma con los necesitados. “Cuando levantan sus manos, yo aparto de ustedes Mis ojos... ¡Busquen la justicia y reprendan al opresor! ¡Aboguen por el huérfano y defiendan a la viuda!” (Is 1:15, 17). De la misma forma, Jesús puede decir: “Yo soy la persona que no tiene hogar, que está sentada en tu escalera. La manera en que la trates me dice cómo eres realmente”. Un gran predicador, Robert Murray M'Cheyne, dio su opinión sobre Mateo 25 a su congregación hace casi 150 años:

Me temo que hay algunos cristianos entre ustedes a quienes Cristo no les puede decir tal cosa [“Vengan ustedes... reciban su herencia”, Mt 25:34]. Construyen una gran vivienda en medio de miles que apenas tienen fuego para calentarse, y cuya ropa es insuficiente para estar afuera en el frío; sin embargo, ustedes nunca se aparecieron por sus casas. Puede que suspiren, de lejos, pero no los visitan. ¡Ah! ¡Mis queridos amigos! Me preocupo por los pobres, pero más por ustedes. No sé qué les dirá Cristo en el gran día. [...] Me temo que muchos de los

que me escuchan [ahora] saben bien que no son cristianos porque no aman dar. Dar generosamente, y no a regañadientes, requiere de un nuevo corazón; un corazón no regenerado preferiría antes separarse de su alma que de su dinero. ¡Oh, amigos míos! Disfruten su dinero; sáquenle el mayor provecho; no den nada; disfrútenlo rápido, porque desde ya les digo que van a ser mendigos por toda la eternidad.³

La misericordia no es algo reciente

La enseñanza de la Biblia sobre el ministerio de misericordia no comienza con la parábola del buen samaritano.

La primera “misión” del hombre fue someter y dominar la tierra (Gn 1:28). Génesis 2:15 vuelve a declarar esta comisión en términos de “cultivar y cuidar” el jardín de Dios. La figura del hombre como un jardinero sugiere mucho: un jardinero no destruye la naturaleza ni la deja como está. La cultiva y la desarrolla, enriqueciendo su belleza, utilidad y fertilidad. Dios espera que Sus siervos hagan que toda la creación esté bajo Su señorío. La ciencia, la ingeniería, el arte, la educación, el gobierno, todo es parte de esta responsabilidad. Debemos hacer que cada dimensión de la vida, tanto espiritual como material, se someta al gobierno y a la ley de Dios.

Obviamente, no existía ningún “ministerio de misericordia” antes de la Caída del hombre, ya que no existía ningún sufrimiento ni necesidad humana. Pero es evidente que los siervos de Dios en esa época estaban interesados tanto en el mundo físico como en el espiritual. Pero después de la Caída, los efectos del pecado inmediatamente causaron la desintegración de las relaciones del hombre. Este se enemistó con Dios (Gn 3:10). Como resultado, su relación con otros seres humanos fue dañada (vv. 12-13), y también su relación con la naturaleza misma (vv. 17-18). Hoy en día vemos cómo dominan la enfermedad, el hambre, los desastres naturales, la injusticia social y la muerte.

La primera obra del ministerio de misericordia se hizo después de la Caída: Dios vistió a Adán y a Eva con pieles de animales (Gn 3:21). Muchos han señalado que esta acción representa la obra de Cristo cuando cubre nuestros pecados, pero seguro que esa no es la única razón por la cual Dios obró así. Ahora el hombre necesitaba ser protegido de un ambiente hostil. Derek Kidner dice: “La acción social no pudo haber tenido una inauguración más temprana o exaltada.”⁴

Incluso antes de darle la ley a Moisés, Dios había revelado Su voluntad con respecto al ministerio de misericordia. Job, quien vivió en una época

anterior a la de Moisés, sabía que la justicia que Dios exige incluye proveer alimento, refugio y vestido a los necesitados (Job 24:1-21; 31:16-23). De hecho, Job mismo nos dice que él hizo más que una simple obra social. “Fui padre de los necesitados y defensor de los extranjeros. A los malvados les rompí la cara; ¡de sus fauces les arrebaté la presa!” (29:16-17).

Cuando Dios le dio la ley a Moisés, estaba edificando una comunidad de creyentes en la que la justicia social era tan necesaria como la justicia personal y la moral. Los israelitas tenían prohibido cosechar todo lo que producían para que los pobres pudieran espigar gratuitamente de los campos (Éx 23:10-11). Los israelitas tenían que darle a los pobres hasta que ya no tuvieran necesidad (Dt 15:8, 10), sobre todo si el hombre pobre era un pariente cercano o un prójimo (Lv 25:25, 35-38). Los sacerdotes daban a los pobres de los diezmos que se daban a Dios (Dt 14:28-29).

La ley de Dios requería que a los pobres se les diera más que una “limosna”. Cuando un esclavo quedaba libre de una deuda y de la servidumbre, no debía irse con las manos vacías, sino que se le tenía que dar grano y ganado para que pudiera ser autosuficiente económicamente (Dt 15:12-15).

Estas leyes dadas a Moisés fueron la base para el escándalo de los profetas posteriores, quienes denunciaron la insensibilidad de Israel hacia los pobres como un rompimiento del pacto con Dios. Enseñaron que el materialismo e ignorar el clamor de los pobres son pecados tan repugnantes como la idolatría y el adulterio (Am 2:6-7). La misericordia hacia los pobres es una evidencia del verdadero compromiso que el corazón tiene con Dios (Is 1:10-17; 58:6-7; Am 4:1-6; 5:21-24). Por último, los profetas predijeron que el Mesías, cuando viniera, se caracterizaría por Su misericordia hacia los pobres (Is 11:1-4; 61:1-2).

El evangelio para los pobres

Jesús basó Su primer sermón en Isaías 61. Para probar que es el Mesías, Él enfatizó que vino a predicarle a los pobres (Mt 11:1-6). Nuestro Señor, al hacerse hombre, se hizo pobre (2Co 8:9). Nació en una familia que ofreció palominos en el día de Su circuncisión (Lc 2:24; Lv 12:8), la ofrenda asignada a las familias más pobres. Jesús vivía, comía y se asociaba con los leprosos y los marginados, las clases más bajas de la sociedad. Enseñó que todos los seres humanos están en bancarrota espiritual (Mt 5:3), que todos somos mendigos espirituales ante Dios (Is 64:6). Cristo le ofrece las riquezas

de Su salvación a los que son pobres espiritualmente, y es por esa razón que debemos bendecir a los malvados y a los ingratos, incluyendo a nuestros enemigos.

Ustedes, por el contrario, amen a sus enemigos, háganles bien y denles prestado sin esperar nada a cambio. Así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque Él es bondadoso con los ingratos y malvados. Sean compasivos, así como su Padre es compasivo. (Lc 6:35-36)

Vemos las palabras de Jesús y de los profetas reflejadas en la enseñanza y la práctica de la iglesia primitiva. Los cristianos deben ayudar a su hermano siempre que este tenga una necesidad (ver 1Jn 3:16-17 con Dt 15:7-8). En la iglesia, la riqueza debe compartirse de una forma tan generosa que logre disminuir la distancia económica que existe entre ricos y pobres (ver 2Co 8:13-15 con Lv 25). Santiago 2:1-23 es coherente con la enseñanza de los profetas y del Señor de que es inevitable que la fe verdadera se evidencie por medio de obras de misericordia (Is 1:10-17).

A los cristianos se les encarga acordarse de los pobres (Gá 2:10), de las viudas y de los huérfanos (Stg 1:27); que practiquen la hospitalidad con los extranjeros (Heb 13:2), y que denuncien el materialismo (1Ti 6:17-19). Aunque los creyentes deben brindar su primera y mayor ayuda a los necesitados dentro de la iglesia, deben ser misericordiosos para con todos (Gá 6:10). Todas estas enseñanzas reflejan lo revelado en el Antiguo Testamento.

Todos los creyentes tienen estas responsabilidades, pero hay una clase especial de ministros —los diáconos— que fue establecida para coordinar el ministerio de misericordia en la iglesia. Esto demuestra que la misericordia es un trabajo obligatorio para la iglesia, tal como lo son el ministerio de la Palabra y la disciplina (ver Ro 15:23-29).

Cristo, nuestro modelo a seguir

¿Cómo podemos entender claramente la enseñanza de la Biblia con respecto al ministerio de misericordia? ¡Mirando a Jesucristo! En primer lugar, Jesús es el verdadero Adán (Ro 5:14-21), y está obrando para que toda la creación se someta a Dios (Heb 2:5-8; Ef 1:10). En segundo lugar, Jesús es el verdadero sumo sacerdote (Heb 4:14-16), Aquel que puede ofrecerle misericordia a todos los que la necesiten. En tercer lugar, Jesús es el gran diácono (Ro 15:8)

que se identifica con los pobres (2Co 8:9) y se entrega a Sí mismo para servir sacrificialmente (Mr 10:45).

Debido a que estamos unidos a Cristo, cada creyente es un diácono que debe lavar los pies de los demás, sirviendo con humildad (Mt 20:26-28; Gá 6:10). Cada creyente es un sacerdote real cuyos sacrificios a Dios incluyen actos de misericordia (Heb 13:13-16). Ahora los cristianos también son un “nuevo Adán”, obrando para que toda la creación se someta al Señor (Mt 28:18-20; 2Co 10:5).

Conclusión

En las últimas décadas, los cristianos han estado cada vez más expuestos a la enseñanza bíblica de que cada creyente es un ministro. Aunque la mayoría de los cristianos no son predicadores ni apologistas extraordinarios, cada cristiano debe ser un testigo. Y aunque la mayoría no somos psicólogos ni consejeros calificados, cada uno de nosotros debe ayudar a las personas. Llevamos años familiarizándonos con estos conceptos, ya sea porque los escuchamos en sermones, los estudiamos en los seminarios, o porque los leemos en los libros que tenemos.

Sin embargo, cuando se trata del ministerio de misericordia, las personas laicas todavía entienden que eso le corresponde a los “expertos”. De hecho, la iglesia misma le ha cedido casi toda esta labor a las agencias seculares y a las autoridades. Muchos cristianos tienen un buen entendimiento de los ministerios de evangelismo, educación, adoración, enseñanza y comunión; sin embargo, muchos de ellos no podrían definir claramente en qué consiste el ministerio de misericordia.

La mayoría de nosotros no hemos hecho un esfuerzo por entender y aplicar la verdad de la Escritura de que todos los cristianos deben tener su propio ministerio de misericordia. Cada uno de nosotros debe estar involucrado activamente en él.

Preguntas para reflexionar y dialogar

1. ¿De qué maneras nuestra misericordia hacia los necesitados refleja el amor de Cristo?
2. Antes de que podamos ser misericordiosos, ¿qué tiene que pasar en nuestras vidas? ¿Ves aquello que debe cambiar en tu propia vida? Descríbelo.
3. ¿Sobre qué base bíblica (Antiguo o Nuevo Testamento) se establece la necesidad de la misericordia?
4. ¿Por qué tendemos a pensar en la misericordia como una opción?
5. ¿Cómo es Cristo nuestro modelo de misericordia?



EL CARÁCTER DE LA MISERICORDIA

Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cúideme—le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”. (Lucas 10:34-35)

Resumen: El ministerio de misericordia consiste en obrar para cubrir las necesidades “palpables” de nuestro prójimo. Como agente del Reino, parte de la misión de la iglesia es aliviar los efectos del pecado en todas las áreas de la vida, incluyendo la psicológica, la social, la económica y la física.

El buen samaritano cubrió varias de las necesidades del hombre golpeado. El primer servicio que le prestó fue su presencia física. “Se acercó”. La presencia de un amigo, de un intercesor, alienta enormemente a las personas que se encuentran en un estado de incapacidad. La “intercesión” es una actitud y una relación; refleja la obra sacerdotal de Cristo, quien está ante el Padre como nuestro Intercesor (1Jn 2:1).

El samaritano luego le ayudó de otras maneras. Le proporcionó un tratamiento médico inmediato en medio de su crisis, transporte a un lugar de refugio y cuidado médico durante la noche en el alojamiento. Por último, dio una ofrenda económica para cubrir la renta del hombre hasta que se recuperara por completo o hasta que él regresara. Conociendo las condiciones

Esperamos que hayas disfrutado de esta muestra del libro *Ministerios de Misericordia: Encarnando la Parábola del Buen Samaritano*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!